¿Dónde ha ido el poder?

Vivimos en una época en que el poder está pasando de las bases tradicionales a nuevos espacios e impacta en muchas vidas como una conexión en cadena viril y viva.

Por ejemplo:

A medida que la economía china tiembla, su reacción de inundar el mundo occidental con un exceso de recursos puede hacer que las economías «líderes» anticuadas y convencionales se arrodillen, ya que no tienen el poder de competir con unos precios tan baratos. Estas economías se contraen. Los fabricantes de estas economías, en un intento por mantener una estabilidad y unos beneficios poderosos, eliminan lugares de trabajo y dejan a miles de persones en la calle. Estos trabajadores en el paro desarrollan su sentido de la frustración enfrentándose al poder de otras maneras: en la violencia de los campos de fútbol, con la violencia doméstica, o en una pelea alcohólica un viernes por la noche. Al mismo tiempo, la fragilidad democrática de las economías estranguladas lleva a los Gobiernos a ejercer su poder mediante ataques expansionistas o agresivos contra países de Oriente Medio, ya que la política exterior siempre ha sido una consecuencia de la búsqueda del poder doméstico. Los habitantes de estos países, viendo cómo los presidentes que intentan demostrar su valía bombardean sus casas, buscan ejercer *su* poder uniéndose a organizaciones terroristas internacionales. Estas organizaciones luchan las unas contra las otras por sus miembros ofreciéndoles mejores salarios o *smartphones.* Las empresas de telefonía que venden teléfonos en los mercados emergentes de Oriente Medio luchan por el poder las unas contra las otras ofreciendo promociones o terminales mejores a los nuevos clientes. Estos nuevos terminales se construyen con recursos finitos como el coltán, que se ha convertido en el epicentro de una guerra civil brutal entre los países de los que se extraen estos recursos. Al mismo tiempo, la producción de estos teléfonos se convierte en el motor de superfábricas masivas en la China.

Colándose por las costuras de la política internacional, la economía doméstica, la psicodinámica, la identidad de género, la política sexual, la identidad racial, la economía, la geografía, la historia, las matemáticas, la educación, la ciencia y el mundo del arte existe una lucha urgente, persistente y casi metabólica por conseguir o mantener el poder. Quizás nunca nos daremos cuenta de que un programa de poder está propulsando nuestro consciente. Puede definir nuestro subconsciente. Podemos llegar a odiarlo dentro de nosotros mismos. Pero sigue estando allí.

Individualmente, o a escala política, en nuestras decisiones culturales anhelamos el poder y su mantenimiento.

Quizás siempre ha sido así. Quizás es una consecuencia de la aceleración de la comunicación y de la economía en la era postindustrial. Quizás no es realmente cierto y sólo lo percibo como cierto porque soy un producto del momento histórico que me dice que es cierto mientras estoy en mi casa, al este de Londres,

una zona, dicen, definida por las hipotecas al alza y su proximidad tanto a un supermercado Tesco Metro como a un templo sikh.

Sea como sea, la búsqueda del poder y la manera cómo define nuestro sentido de la identidad serán este año el epicentro de mi taller en la Sala Beckett.

*

Las obras

Me gustaría que los participantes escribieran obras breves a partir de la pregunta "¿dónde ha ido el poder?".

Estas obras deberían inspirarse, no importa la forma que escojan los autores, en las culturas y los países donde viven. Me gustaría que pensaran en alguna forma de poder. Puede ser un poder político. Puede ser un poder económico o tecnológico o electoral. Puede ser un poder personal. Un poder sexual, un poder cultural, racial o de género. Un poder erótico, un poder emocional o incluso un poder eléctrico. Puede ser construido alrededor de la interrogación de la noción misma de poder en primer lugar.

Las obras se pueden situar en sus propios países, pero no necesariamente. Deberían surgir después de pensar por breves momentos en lo que es el poder y cómo se manifiesta en sus vidas o en sus mundos.

Las obras no deberían superar los 15 minutos. Pueden adoptar cualquier forma dramática que elija el autor. No hay límite en cuanto al número de personajes.

Simon Stephens